

Monografía del Municipio de Baudó

Por ALEJANDRO MOSQUERA M.

En otros tiempos poblada por los indios llamados Baudoes estaba la comarca que aún es llamada Baudó y que nos proponemos dedicarle estas ligeras líneas con el mero objetivo de irla llevando de alguna manera al conocimiento nacional.

Baudó, que conforme queda visto es nombre indígena, descompuesto resulta formado de las partículas BAO y DO, ambas denominativas de río en cada una de las dos lenguas a que corresponde; lo cual explica que en la región no sólo se usaba un solo dialecto, sino varios, conjetura a que hemos llegado, sosteniendo conversaciones íntimas y de comparación con los nativos que se hallan diseminados en la faja que nos ocupa.

Límita al norte, con el Municipio de Nuquí; al este, con los de Quibdó e Istmina; al sur, con este último, y al oeste lo baña graciosamente el mar de Balboa. Su extensión, que comparada con la realidad, es la mayor de todos los que constituyen la Intendencia, quedando en estos términos fuera de las exactitudes los anteriores cálculos que por ahí se leen y que lo ponen en tal sentido en tercera escala.

La cordillera del Baudó, que así se llama la Occidental al penetrar en las demarcaciones orientales del Distrito que le da su nombre, después de mandar al sur unas bajas estribaciones, tuerce al norte en forma quebrada, separando así la faja costanera de la del Atrato, hasta el punto donde da nacimiento al río Baudó, lugar donde, antes de proseguir su curso a otras tierras, envía otras montañuelas que descienden a lo largo de la banda derecha del río ya formado, dividiendo de esta suerte el territorio nuquiseño, hasta terminar en la península conocida más con el nombre de Cabo Corrientes; que más o menos en su base y sobre su lomo, se empina hacia arriba para pronunciar los cerros de Jánano y Jananito; de los cuales el primero semeja la cavidad de un volcán, cuyo cráter va a ser submarino, puesto que hay ocasiones que se escapan detonaciones debajo del agua por toda la punta del Cabo; otras, las aguas oceánicas abarcando grande extensión, mudan de color para tornarse amarillo verdosas. Abunda más, pues, si conversamos con

los vecinos de reconocida seriedad que han ido a cacerías por esas faldas, se confirma que al pie del cerro se encuentran polvaredas azufrosas hasta imprimir a toda esa capa igual característica.

Los sitios cercanos, Cuevita, Virudó y Pavaza, han sufrido pequeños desórdenes terráqueos consistentes en superficiales hundimientos, llegando a sepultarse las guayacanaduras de algunas habitaciones del primer vecindario. Todo lo cual hace suponer la existencia volcánica, que se confirma con la de los manantiales termales, apellidados entre los moradores agua caliente. Los cuales dan margen a imaginar que sí son síntomas volcánicos pero éste viene a tener al fin respiración submarina puesto que tales emanaciones hirientes sólo alcanzan a resollar produciendo simples borbotones, a diferencia de los fenómenos geyserianos de los volcanes, que sí tienen bocas cuspídeas, dispuestos de empuje para elevar sus manantiales; condición por la cual tal vez no ha llegado a registrarse hasta el presente ninguna erupción catastrófica.

En el extremo de este cabo, por donde las naves de cabotaje indefectiblemente tienen que dar, debiera establecerse un faro para facilitar la orientación marítima.

Siguiendo la rocallosidad del majestuoso Cabo en dirección sur, se destaca otra punta llamada el Cabito, dependiente del mismo, del cual principia una pintoresca rada apellidada Cuevita de Afuera, por cuya mitad se deja la península con sus blanquecinos y afilados cantos, que por la impetuosidad con que corren sus aguas hacia el sur, se ha convenido en designarla cabo corrientes. Al rematar el resto de la mentada rada, que es una abigarrada playa, se penetra a la bocana de Cuevita, un tanto amplia pero seca que no es sino para el servicio de botes o veleros del vecindario que recogido en la punta de la playa que origina el recodo, ofrece el diminuto caserío de Cuevita, hospitalario como el que más y laborioso más en las faenas agrícolas para lo cual se vale de las ubérrimas riberas de algunos ríos como el Evarí, que es el mayor de los que vienen a la bocana, el cual es vía que moviliza a las tierras nuquiseñas del otro lado del Cabo, pasando por la trocha de Castillo, en las cabeceras del arroyuelo Ocaba, afuente derecho.

Con ese como remordimiento que siembran en los visitantes las atenciones gratuitas de los moradores de la mencionada playa, nos despedimos por estero que forman el continente y la pequeña isla de Barrial, y cuando la vaciante nos va aproximando a la minús-

cula bocana de Virudó, se divisa el villorrio del mismo nombre bajo esbeltos cocoteros que lo hacen siempre risueño; descuelgan las aguas del riachuelo así mismo denominado, y al sorprendernos la violencia chisporroteante del hilero, la sensación del peligro nos domina la vista, llevándola instantáneamente a buscar la reventazón, pero poco antes de dar con ella el ojo se embelesa revistando con insaciable delectación un morro de peña pelada, coronado de una vegetación de tierna elevación, ataviado de una tronera del parado de un hombre, que permite por ahí mismo la contemplación del océano. Su nombre es Sibira, originado del de una primorosa india, cuya historia aguarda interesar una leyenda.

Ya vueltos a la tranquilidad y más bien emocionados arrimamos a Virudó donde la autoridad la representa un inspector de policía, escuela de varones y capilla en que se venera la augusta imagen de San José. Da su nombre Virudó a la isla que en su extremo opuesto proyecta la angosta bocana de Pavacita, con pocas casas que se levantan en el principio de la isla de Pavaza en cuya terminación se encuentra el pobladito así mismo conocido, con capilla para San Juan Bautista y la Santísima Trinidad. Aquí la bocana, del mismo nombre del caserío, hermosa pero sembrada de bajos e moles de arena que la hacen enroscar y enfurecer en pleamar. Sus vecinos trabajan en el río Pavaza donde también viven cholos de inteligencia aprovechable.

Después de tres horas que se gasta haciendo el bote de la bahía, se pasa a la vista de unas contadas casas de la Punta de Abaquía, y por entre tierra firme y la extensa isla que allí se inicia, venciendo numerosidad de "herraduras" o atajos marítimos de tal figura, nos llevan las aguas a la desembocadura del riequito Catripe, que así apellida a la isla que va a concluir a la bocana de Purricha, una de las más hondas del Distrito, y a donde trae sus aguas el río de su nombre, habitado por libres e indios en su mayoría, y como con dos regulares trochas que penetran al río Baudó. Sus habitantes viven dispersos y es asiento del inspector del corregimiento de Purricha.

En seguida demora la pequeña isla de Playa Nueva con parte de habitaciones purricheñas; y por el estero llamado el Secadero nos conducimos a la bocana de Pilizá, donde sale el riachuelo de su nombre y al botarla arrimamos al vecindario de Pilizá, para tomar ahí mismo una playa de más o menos 23 kilómetros, vadean-

do en su trayectoria los esteros Arrstradero y Coredó, vía que se hace intransitable en marea, debido a que se inunda.

Al concluir esta extensión siempre a pie, descansamos en la población de Pizarro que bellamente se encuentra edificada en el ángulo comprendido por el mar y el lado derecho del río Baudó, conocido este sitio anteriormente con el nombre de Boca de Bao, pues indígenamente el río parece que era más apellidado Bao, el cual se le cambió a la población por el de Pizarro, en memoria del Visitador Francisco Pizarro, se cuenta que cuando alcanzó a ser diputado por la vieja Provincia del Chocó el honorable don Guillermo Hurtado, así lo alcanzó ante la cámara en recompensa de los votos con que lo favoreció este Distrito. Fue fundada dizque por el comerciante don José Angel Castro, quien habiendo sido designado alcalde, consiguió ante Nóvita trasladar la capital al lugar que hoy ocupa, siendo antes en el pueblo de Baudó, hoy llamado Pepé.

Los archivos que pudieran autenticar las narraciones precedentes, desaparecieron incendiados en la insurrección de un tal Carlos Quinto Abadía, quien para saciar sus instintos de bandido, se desató en estas olvidadas selvas a matar por allá recién concluída la última revuelta civil, hasta el extremo de que el gobierno tuvo que arrojarle las armas hasta propinarle trágica muerte.

Pizarro, aun capital del Municipio, y con escuelas de varones y para niñas, tiene más o menos 200 personas, arrinconadas en una pequeña planicie arenosa, a consecuencia de la voracidad oceánica.

La bocana de Pizarro, es la misma boca por donde el río Baudó tributa sus aguas al Grande Océano; y subiendo ésta longitudinal hoyo hidrográfica, por su banda derecha afluyen Pegadó, Torreidó de Abajo—con su camino al río costeño Purricha, y Quedá. Al mismo lado el caserío Pepé, cabecera del corregimiento del mismo nombre, antigua capital del Municipio, y conocido entonces con el nombre de Pueblo de Baudó, tiene escuela alternada. En seguida el río Torreidó "de Arriba", dispuesto de otra trocha al citado río Purricha, el Membá, Dubaza, río más indígena, con escuela de indios varones en el punto llamado Catrú. Dubaza también se denomina el corregimiento de esa sección. Más adelante el Amaporá, y luégo el poblado de Pié de Pató, asiento del Inspector del corregimiento así mismo denominado, posee escuela alternada y tri-

lladora particular para el arroz que es la primordial producción, de aquí para arriba. Después el río Tripicay, Nauca, habitado por indios y con camino a Nuquí. Luego el Chigorodó, el Pavarandó y Cuguchó, con vía también a la costa de Nuquí.

Descendiendo el mismo Baudó, por su izquierda, llama la atención la aldea de Chachajo, que así también se designa el corregimiento que comprende las cabeceras del río que describimos, dotada de escuela de varones a cargo del entusiasta e inteligente joven Adriano Hinestrosa, quien por sus empeños conquistó su fundación, obligando así a que la vecindad edifique; por ahí se abre una trocha que empalma con la de Amparaidá, al Municipio de Quibdó, que se halla en las cabeceras del río así mismo apellidado, y que, tributa abajo y al mismo lado. Luego y a la misma margen se abre el istmo de Pató que comunica a tierras quibdoseñas, paraje que por sus condiciones saludables y ventajosas convida al traslado de la población que casi al frente se encuentra desprovista de toda característica de subsistencia. Abajo el Berrererre y su afluente izquierdo Chichiburrú, por donde se pasa a comarcas istmineñas; después el Baudocito, con trocha que va a las mismas tierras. El Pepé, que desemboca al frente del pueblo de su nombre, y su afluente izquierdo Veriguadó, con dos trochas que llevan a Istmina; constituye el corregimiento conocido con el nombre de Pie de Pepé, con escuela alternada. Siguen los pequeños tributarios Misará y Antadó.

Ya frente a Pizarro, se proyecta la isla Mico, que por su estero nos conduce a la bocana Usaragá, donde afluyen los ríos Usaragá y Dotenedó, con viviendas regadas. El extremo de la mencionada isla dibuja un minúsculo cabo.

Luego contemplamos otra isla que se nos presenta, y por su estero recorreremos hasta arrinar a su otro extremo, que es donde demora el vecindario de Sibirí, con capilla y escuela privada, a la cual asiste con devoción un puñado de niños de sana presencia.

Desde aquí empieza la amplia y no muy seca bocana de Docampadó, pronunciada de la diminuta isla Playa Nueva, a la cual desemboca el río Docampadó, que así también es conocido el corregimiento de esos lados litorales, cuya cabecera es la población de Barrial o Belén, situada cerca a la boca y a la derecha, con escuela alternada; el río da alojamiento a multitud de cholos que en la actualidad tienen maestros privados; hay camino que transporta

al municipio de Istmina, por lo más bajo de la montaña que se prolonga desde la entrada de la Cordillera del Baudó, que de esa manera viene a delinear la separación de las tierras baudoseñas de las de la cuenca del San Juan.

Para dejar la bocana de Docampadó, nos brisamos por el estero apellidado Hijuá que nos lleva a descansar a la bocana así mismo llamada, la cual da salida a las aguas del río de su nombre, y donde las viviendas se ven dispersas. Y tratando de subir el río nos penetramos momentos en que el agua va a llenar por estero que se llama el Secadero, de manera que con la vaciante vamos descolgando a la bocana de Orpúa, que es la boca del río de su nombre y donde sus mordores viven diseminados.

La comarca da vida a más o menos 14.000 personas que se ocupan en muy reducida escala en la agricultura, crías de cerdos y aves de corral, pesca y cacería, en tal proporción porque ignoran los sistemas de producción y acaso por falta de facilidad de transportes; pues la bondad de sus terrenos no tiene duda. Circunstancias que la ponen en peor estado económico que en los tiempos en que valían el caucho y la tagua, que posee en abundancia, y el platino del San Juan, que esmeraba a criar cerdos porque se negocia en esa plaza a fabuloso precio.

Mas hoy que ha pasado a formar parte de la nueva Provincia del Pacífico, ha nacido en los baudoseños la esperanza de un porvenir no lejano, dada la preocupación que domina al gobierno nacional por el mejor estar del litoral Pacífico, en el cual presentamos enclavado el hermoso municipio que innegablemente en estos términos hemos monografiado con afecto filial.

Pizarro, julio de 1935.